

CUCO COMÚN

(CUCULUS CANORUS)

DANILO GUIO



CUCO COMÚN **(CUCULUS CANORUS)**

Ayer me transformé en pájaro. Lo primero que cambió fueron mis pies. Todavía estaba oscuro cuando estalló la primera bomba. Mirko, mi esposo, y yo quedamos sentados sobre la cama. Sin decirnos nada supimos qué debíamos hacer, lo habíamos hablado muchas veces. Todas las familias de la aldea habían tenido la conversación de qué hacer cuando llegara la guerra.

Quise correr al cuarto de los niños para despertarlos, debíamos llegar al sótano antes de que cayera la siguiente bomba pero me fui de cara. Cuando traté de levantarme las vi. En lugar de mis pies, blancos, descuidados, fuertes, confiables, tenía dos primorosas patitas de pájaro.

Durante un instante contemplé las uñas triangulares y negras que raspaban la madera del piso con inquietud, como si ellas supieran antes que yo que debíamos resguardarnos. Mirko gritaba desde la escalera. Como pude me calcé las botas, no quería que nadie viera mis patitas de pájaro, ya teníamos suficientes preocupaciones. Qué cuadro más gracioso ofrecí al bajar dando saltitos de escalón en escalón.

–Volaron el *most*¹ –dijo Mirko desde la ventana de la cocina. Sin puente estábamos encerrados entre la montaña y el Danubio.

Mario y Janna lloraban y se colgaron de mi bata de dormir. Mirko los cargó, cada uno en un brazo y corrió hacia el sótano, yo los seguí dando saltitos.

¹Puente en croata.

–Me pegué en el dedo chiquito –dije al ver su mirada interrogante.

La segunda bomba explotó más cerca, parecía como si un gigante se acercara. La casa bailó y trocitos de polvo cayeron del techo del sótano. Tomé las manos de los niños, ellos las de su padre y nos arrodillamos para rezar. Quise decir un padrenuestro pero las palabras me salían atropelladas, mezcladas con gorjeos y silbidos. Mirko me hizo callar con una mirada y con voz serena y pausada terminó la oración.

La tercera bomba cayó más cerca, los gritos de los vecinos se confundían con el rumor de los muros que caían, con la sirena que anunciaba los ataques y con nuestros propios gritos.

A partir de la cuarta bomba me fue imposible continuar el conteo, en parte porque el estallido de una bomba se unía con el de la siguiente, en parte por la insoportable comezón que me produjo el nacimiento de las plumas.

Mario y Janna murieron abrazados a su padre, con sus caritas enterradas en su pecho. Mirko trató de protegerlos con su cuerpo pero no fue suficiente. Logré esquivar el muro al extender mis alas y volar hacia una de las esquinas de lo que fue nuestro sótano. Traté de cerrar los ojos de mi esposo pero no pude, tan sólo conseguí picotear sus párpados. Quise llorar a mi familia y tampoco pude. Los pájaros no tenemos lágrimas.

En lo que era nuestro patio me paré en las cuerdas de extender la ropa, de algún modo las sábanas blancas seguían en pie, batían su húmeda blancura en medio del humo y las cenizas. Tener las sábanas más blancas de la aldea era mi orgullo secreto y tonto. Volé hacia el huerto y piqué trocitos de calabaza. Mis tortas de calabaza eran las mejores de este lado del río.

Hoy he volado todo el día de aquí para allá, debo fortalecer mis alas. El invierno se acerca y debo viajar a tierras más cálidas. Desde el cielo azul no veo la torre de la iglesia hecha ruinas, no veo la aldea humeando y sobre todo no veo los cuerpos abandonados de mi familia. He subido hasta donde el viento helado paraliza mis alas y no veo las fronteras causantes de esta guerra, no veo dónde empieza Croacia y dónde termina Serbia. Los pájaros no sabemos de países.



DANILO GUIO RODRÍGUEZ **1980**

A los diez años trató de escribir una novela. Ha publicado las novelas “En la montaña solo estábamos nosotros” y “Una travesía de siete calles” con la editorial Libros y Libros. Aprovecha el confinamiento para experimentar con *collage* y para corregir su tercera novela.



ABRIL - 2020